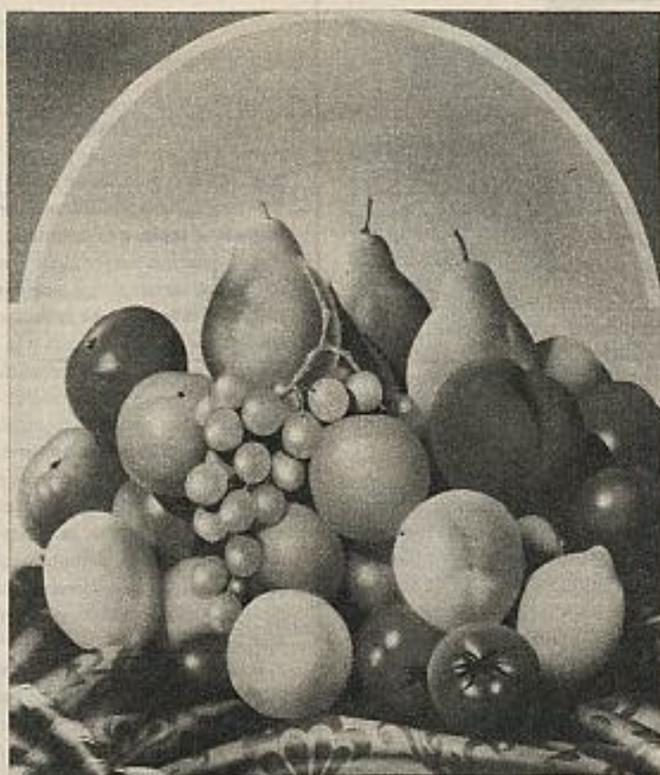


trabajo auténticamente serio y profesional por caminos, eso sí, inexplorados, o vírgenes, en nuestro contexto. Así, una serie de nombres competentes vienen apoyando la experiencia: letras a cargo de Eduardo Haro Ibars, que conoce el ambiente y la estética rockera como pocos, y que, además, tiene un notable dominio del lenguaje; un productor como Julián Ruiz, periodista y enamorado de la música anglosajona; músicos prestigiosos, como Pedro Iturralde y Vlady Bas, apoyando la sección de vientos; y finalmente, una portada y un diseño del experimentalista Iván Zulueta.

Con todos estos ingredientes, más los que proceden de la propia salsa de la Orquesta, era difícil no realizar un buen disco. Sin embargo, paradojas de la vida, resulta que tampoco ha sido lo que muchos esperábamos. Es cierto que parte del encanto y de la magia global del conjunto ha sido restituida; es también verdad que el disco no falla por el lado de la atmósfera y del sonido, casi siempre bueno; la personalidad iconoclasta, irreverente, descarada y desmadrada de Johnny Zímbel y sus compañeros se capta en multitud de ocasiones; finalmente, hay ideas literarias y poéticas; imágenes de la calle, de la vida, de la marginación, como seguramente no se habían reunido nunca en un disco de la joven generación "pop". ¿Qué sucede entonces?

Arriesgado y subjetivo, seguramente, será aventurarlo; pero ahí va una hipótesis: Es por el lado estrictamente musical por donde el barco hace agua; al lado de algunos momentos excelentes y originales; al lado de ciertas innovaciones e inclusiones de carácter "kistch" y absolutamente acertadas, lo que predomina es un tono general híbrido entre el puro rock clásico y las influencias "rolling stonianas" (por entendernos). El estilo pierde coherencia y riqueza con la dispersión.

Con todo y con ello, sería equivocado extraer la impresión de que esta primera experiencia discográfica de la Mondragón es un intento fallido. No mejora su imagen, aunque sí la mantiene. Porque a este grupo hay que verlo. Oírlo significa, de momento, solamente una aproximación relativa a su real valía. ■ALVARO FEITO.



ARTE

La orgía frutal de Urculo

POCAS veces podemos hablar de fiesta, en su sentido más amplio, frente a una exposición de pintura. Pero en el caso de esta nueva aparición de Eduardo Urculo, la fiesta se hace evidente: estridente en el marco de sus frutos de Sa Pleta, una orgiástica exhibición de las abundancias frutales, salvadas para la modernidad. El bodegón, esa vieja tradición de la pintura, relegado —en tiempos de explosión vanguardista o de revival de las vanguardias— a ser un aditamento a adquirir en tiendas de muebles como acompañante de tresillos y mesillas ratonas, pocas veces es redimido por los pintores actuales que parecen haberse olvidado que el impresionismo y el cubismo vivieron de las rentas del bodegón el tiempo de un suspiro que duró su vigencia. Urculo nos sorprende porque asume valentías en tiempos de fórmulas, de redichos y de king-size de aspi-

rantes a tapizar museos. Nos sorprende con estos frutos tendidos a nuestra voracidad y a nuestra memoria, repitiéndonos que hubo un tiempo de generosas ofrendas de la tierra, de paradisiacos premios a la vulgaridad del hombre. Las relucientes manzanas, las grandes berenjenas, los aguacates tropicales, el limón, las uvas complacientes o el rojizo tomate, son reclamo de un vitalismo agigantado, de un entusiasmo del arte ante una naturaleza tan generosamente ofrecida. Pero Urculo no se reduce a trazar el fresco y dejarlo al albedrío caprichoso de los otros, sino que incorpora al bodegón frutal la alucinación de su pintura anterior y enfrenta las joyas vegetales a la magia de las telas y los cojines para lograr violáceos prerrafaelitas y tejidos de William Morris, o prefiere enfrentarlas con el azogue narcisista del espejo y hacerlas literatura fantástica: una invasión de frutos que vienen del país de los espejos e inundan ese otro lado en el que estamos nosotros, sus gozosos espectadores embriagados por el perfume intenso de sus colores y presos de un conjuro que sólo la sabiduría de un pintor como él pueden lograr. La luz mortecina

del atardecer entra por una ventana abierta y llena de vaho azul el aire que rodea las selectas piezas, o si no, una escenografía teatral, llena de arquitectura falsa que nada sostiene, convoca a la música. Una música wagneriana resuena en las almohadas mullidas y golpea el cristal de una ventana modernista, catalana, que alguien instaló en el novecientos en un lugar de Menorca. Porque es en Sa Pleta, una finca menorquí, donde viven los otros frutales, los reales que han dado vida a la ficción de Urculo. Por fin, ocupando casi todo el asiento, las frutas del sillón, las que despejan el lugar del patriarca. Urculo ha organizado el paraíso con los emblemas de la expulsión. En el emblema mordido para hallar la salida, nosotros podemos encontrar la entrada. (Galería Sen. Núñez de Balboa, 37. Madrid.)

Alfonso Albacete

Un pintor joven, que no estuvo incluido en la apuesta de los ochenta, pero que tiene calidad sobrada como para reemplazar a algunos de aquellos elegidos, presenta en Madrid su obra más reciente. Alfonso Albacete, que abandona aquí una época de puntilloso dibujo, centra su observación en el propio estudio y pinta, esta vez con una naturalidad gestual asombrosa, los objetos que le rodean a la hora misma de pintar. ¿Pintura sobre la pintura?, desde las fiebres estructuralistas los poetas se empeñan en hacer arte poética en verso, metapoesía, los pintores nos han destilado también su pintura-pintura con algunos primores y otras desventuras, pero Albacete insiste en el ritual de pintar y desvela con pasión todos los objetos del ceremonial. Entregado a la magia de todos-los-colores y a la materia desbordada, el estudio de Albacete se desintegra y un universo de frascos, pinceles, pomos y desvaídos perfiles, dan testimonio del hacer, que es el principal protagonista. Un pintor joven y verdadero que parece encontrar aquí una forma de expresión personal. (Galería Egam. Villanueva, 29. Madrid.) ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.